

**COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



LAS RIQUEZAS VERDADERAS

JEAN GIONO

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

Índice

PRÓLOGO DE LOS EDITORES	11
PREFACIO	19
LAS RIQUEZAS VERDADERAS	33
I	35
II	63
III	77
IV	103
V	159

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2016

© Éditions Grasset & Fasquelle, 1940
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2016
© Errata naturae editores, 2016
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-05-9

DEPÓSITO LEGAL: M- 39554-2015

CÓDIGO BIC: RNA / FA

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Chris Wormell

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

A propósito de su vocación literaria, originada por la lectura de un libro de Kipling durante su adolescencia, Giono escribió en cierta ocasión: «Una sencilla frase lo desencadenó todo. Experimenté la certidumbre de que yo también era capaz de escribir: “Eran las siete de una calurosa tarde en las colinas de Seeonee”, y seguir a mi manera». Desde aquel día, la obra de Giono no ha parado de crecer, y ha abordado todos los géneros con idéntico éxito, nunca desmentido, ya se trate de novela, novela corta, teatro, ensayo, autobiografía novelada, texto de combate, guión o libro de historia.

La leyenda, alimentada por el propio Giono, asegura que la falta de dinero lo llevó a leer principalmente los clásicos de la colección Garnier, en concreto los de la literatura griega y latina, que dejaron una profunda huella en su cultura, que por añadidura bebía de las fuentes de un sólido conocimiento de la Biblia.

El espectáculo a un tiempo grandioso y desolado de las montañas de la Alta Provenza, que el joven Giono tenía la costumbre de contemplar durante sus vacaciones, es la segunda gran fuente de inspiración de su obra. Intuye Giono que entre el hombre y el cosmos existe una unidad

profunda que las grandes mitologías ya se han encargado de ensalzar y que el arte —el arte del narrador, concretamente, que es, en esencia, el suyo— tiene el deber de volver a celebrar.

De esta idea se ocupa en sus primeras novelas: *Naissance de l'Odysée*, acabada en 1927 pero publicada en 1930 en la editorial Kra, y *Colina*, publicada en 1928 en la revista *Commerce* y al año siguiente en *Les Cahiers Verts* de Grasset; *Un de Baumugnes* (1929); *Renadio* (1930). La inspiración dionisiaca de Giono impregna estos relatos cuya acción se desarrolla en una Provenza mucho más mítica que realista. Canta, como un auténtico poeta, el flujo de la vida, la extraordinaria felicidad de existir, el goce que procuran las riquezas naturales en oposición a una moral del sacrificio y la renuncia que jamás lo ha influenciado, al contrario que a Gide, por ejemplo. La filosofía de Giono, lo sabemos, evoluciona hacia cierta concepción mística de la naturaleza y al mismo tiempo hacia una aceptación lúcida pero tranquila de la condición humana, y de la muerte en particular.

Durante los años treinta, el animismo y el panteísmo de Giono lo llevan a adoptar varias posturas. Así pues, *Que ma joie demeure* (*Que perdure mi alegría*, 1935) inaugura una ardorosa denuncia de la civilización moderna. A los placeres sencillos pero auténticos de la tierra Giono contrapone la pseudoabundancia de la ciudad moderna, generadora de corrupción y frustración. En buena medida, la ciudad es la expresión del mal, pues es la que ocasiona la guerra.

Dicha aspiración a un retorno a la naturaleza se concreta en las reuniones del Contadour, la primera de las cuales tiene lugar en 1935. El propósito es claro: «No nos fuimos hasta que no hubimos comprado entre todos una casa, un aljibe y una hectárea de terreno. Allí radica desde entonces nuestra morada de esperanza», escribe. Esos encuentros, que dan lugar a una revista, los *Cahiers du Contadour*, se celebran hasta 1939 dos veces al año y afirman su carácter antifascista. A medida que la situación internacional se degrada, Giono profundiza más y más en el combate político. Muy marcado por la Primera Guerra Mundial, que ya denunciara en *Le grand troupeau*, defiende un pacifismo intransigente. En *Refus d'obéissance* reconoce que se arrepiente de no haber desertado; en su *Lettre aux paysans sur la pauvreté et la paix*, que se publica poco después de Múnich, denuncia las llamadas a la unión sagrada, exhorta a los campesinos a rechazar el servicio militar obligatorio y a matar de hambre a las ciudades. Ese pacifismo extremo lo mantendrá durante la movilización, hecho que le valdrá la cárcel por un tiempo, mientras que en 1944, a despecho de una vida pública bastante discreta durante la Ocupación, vuelven a detenerlo, esta vez en cuanto que partidario de Vichy. Aunque no tuvo jamás responsabilidades oficiales ni mayor contacto con la Francia del Mariscal, el mero hecho de haber sido el cantor de una «paysannerie» un poco utópica y haber celebrado las virtudes de la tierra no casa bien con la Liberación.

La guerra no agota el impulso creador de Giono, cuya actividad sigue siendo sorprendentemente fecunda, si bien

opera ciertas modificaciones. El tono se vuelve más grave y el escritor se muestra menos preocupado por captar y traducir el perpetuo flujo de la vida, al tiempo que concibe a sus personajes de una forma diferente, rasgo en el que ha querido reconocerse el espíritu y las formas de Stendhal. El ciclo del *Húsar* domina este periodo, que se compone de: *Mort d'un personnage* (1949, Cahiers Rouges), *El húsar en el tejado* (1951), *Le bonheur fou* (1957), *Angelo* (1958), y los *Récits de la demi-brigade* (1972), a pesar de que la cronología de su escritura es diferente y de que cada novela no necesariamente es continuación de la anterior. Algunos ven en este periodo lo mejor de la producción gionesca y en Angelo, su protagonista, a un hermano del Fabrice de *La cartuja de Parma*. Paralelamente, Giono perfecciona las *Crónicas*, relatos más breves, más densos, donde varían los procesos narrativos. Su universo se vuelve más oscuro, concede mayor importancia a la cuestión obsesiva del mal. Desarrolla asimismo su actividad como historiadador, guionista y ensayista. Muere en Manosque en 1970, a los setenta y cinco años.

En 1935, tras la publicación de *Que ma joie demeure*, Giono se establece, en compañía de unos cuarenta amigos, en la meseta del Contadour, cerca de Manosque, lejos de la civilización. Vive en un caserío donde destila lavanda, come corderos que le venden los pastores y deja que el hollín de olor resinoso le impregne el alma y la ropa.

En 1936 publica *Las riquezas verdaderas*, título explícito, asertivo y vehemente para una suerte de ensayo, de relato

en primera persona a mayor gloria del sol, la tierra, las colinas, el viento, los riachuelos, los ríos «que me irrigan con más violencia que las venas y las arterias». La obra se abre, cosa muy extraña en Giono, con un paseo por el barrio parisino de Belleville, pretexto para una reflexión sobre las «raíces» del autor, que se reencuentra enseguida con las veredas provenzales, evocando a sus campesinos que ignoran la existencia de un «gobierno». Nada de intriga, pues, sino más bien una serie de retratos (María la fea con su «frente de oveja» y sus «labios de perro»), escenas de la vida cotidiana y otras oníricas (ese ejército de campesinos que vendría a «borrar con trigo» los palacios bárbaros de las riberas del Sena...) que ilustran este escrito de acusación contra la vanidad de la vida urbana y el dinero.

El presente libro no tiene género y a la vez los tiene todos. En él, Giono se confirma una vez más como visionario y zahorí de lo sagrado. Es, en definitiva, una suerte de manifiesto ecológico para ecologistas verdaderos.

Para los del Contadour

PREFACIO

Después de *Que ma joie demeure*, me vi ferozmente interrogado. Aquel proyecto de instauración de la alegría emocionó a hombres y mujeres de muy diversos lugares que se decidieron a escribirme. Durante el verano de 1935, profundamente emocionado yo también por la zozobra de mi propia alegría, convoqué en Manosque a algunos de esos amigos. Planeaba vivir con ellos la vida de la meseta de Grémone. El 1 de septiembre de 1935 salimos en caravana desde Manosque rumbo a la montaña de Lure. Éramos unos cuarenta. La tercera etapa nos llevó a la meseta del Contadour, un enclave donde la ondulación de la alargada montaña rubicunda alberga tres o cuatro casas y dos molinos de viento en ruinas. La idea era adentrarse aún más, pues ya entonces la soledad se desplegaba por todas partes, tan silenciosa que volvía monstruoso el chillido de las alondras. Pero un estúpido accidente que me dislocó la rodilla nos obligó a quedarnos allí varios días. Vivíamos en un caserío en el que destilábamos lavanda. El agua madre del alambique perfumaba nuestras abluciones matutinas. Los tres campesinos ancianos se acercaban a charlar con nosotros. Cocinábamos en una chimenea negra y enorme, toda tiznada del hollín resinoso de las

ramas de pino. Comimos un cordero que compramos a los propios pastores. Por las tardes, la señora Merle, la reina de aquellas tierras salvajes, aparecía por el camino que tuerce entre los castaños. Se sentaba con nosotros y disfrutaba de la alegría que oía borbotear en la meseta igual que la espuma de un manantial nuevo. Porque estábamos alegres. Nadie me llevará la contraria: tan alegres, que todos lloramos cuando llegó la hora de marcharse, acordaos, y nos habría faltado valor si ahí hubiera acabado todo. Pero ahí empezó todo. No nos fuimos hasta que no hubimos comprado entre todos una casa, un aljibe y una hectárea de terreno. Allí radica desde entonces nuestra morada de esperanza.

Después de cenar nos reuníamos en torno al hogar encendido. Y contábamos historias. Enseguida me interrogaron, pero yo me negaba a contestar y contaba historias sobre las estrellas, sobre las grandes leyendas, sobre la amalgama del hombre y el mundo. Me preguntabais por la alegría, amigos, ¡y estabais alegres! ¿Qué podía responder?

* * *

Este libro es la respuesta. Ya os respondía cuando contaba las leyendas hindúes sobre los sucesos que acontecieron durante el sueño de Rama, el descanso del ejército de Indra junto a las aguas del lago forestal, el batir del mar, la victoria de Visnú sobre los asuras. Os respondía cuando íbamos a sentarnos en plena noche alrededor de las gavillas para darles nombre a las constelaciones del firmamento.

Os veía demasiado confiados en vuestra ciencia. Parecíais ignorar que los tiempos modernos no sólo han resuelto el problema de la desintegración del átomo, sino que han llevado a cabo la desintegración de las mentes, liberando sin razón unas fuerzas espirituales que nos resultaban necesarias para vivir una vida humana. Las especulaciones puramente intelectuales despojan al universo de su manto sagrado. El mundo guiaba a los hombres cuando estaba revestido de su inextricable bosque. Su espesura, generadora de manantiales y sombras, obstruía los caminos; la paz y la alegría avanzaban a nuestro paso; el intelecto ha hecho del mundo este desierto desnudo, cubierto de dunas de arena ladeadas con idéntica inclinación unas sobre otras hasta más allá de los cuatro puntos cardinales. Antes de daros mi verdadera respuesta, quería haceros comprender que los hombres no pueden vivir sin moradas mágicas.

Acababais de reuniros conmigo en un lugar al que yo mismo había llegado tras un largo camino; habíais atravesado vuestras propias tierras. Yo estaba hecho de todo lo que había sucedido antes, también de vosotros, y hasta cierto punto estaba hecho de lo que vendría después, porque mi camino está marcado desde hace tiempo, lo veo, sé cuándo me encaramaré a la colina, cuándo bajaré a la vega, y soy de antemano el hombre de la colina y el hombre de la vega. Ahora debo deciros que la respuesta soy yo mismo. Habéis entendido que bastaba con conocerme para que no pocas cosas quedasen explicadas. Los paisajes en derredor alumbraban súbitamente mis reflejos

más oscuros. Lo mismo os sucede a vosotros, y a todos los demás. Somos elementos cósmicos. Simplemente, yo me expongo más que vosotros. Os agradezco que me hayáis interrogado en el momento en que llegaba a las fronteras del territorio pánico, obligándome a construir este libro, que será como el hito que alguien levanta en lo alto de una cumbre antes de dirigirse a otra.

Habéis comprobado cómo la vida en un mundo verdadero proporciona una sabiduría sencilla más deliciosa que la fruta y el agua clara de los manantiales. Todo lo que dentro de vosotros padecía hambre y sed desde hacía mucho tiempo comía y bebía. Ciertamente, no todos los problemas del hombre se resuelven así, pero por fin contamos con una base sólida, gozamos de buena salud gracias a alimentos verdaderos, podemos llegar más alto o más lejos si tomamos como modelo aquella montaña de Lure donde nos encontrábamos, que se alza hacia el cielo no a imagen de una aguja sino como la monstruosa columna vertebral del toro de Dionisio.

Hay quien creyó que yo pretendía hallar una explicación para todo en esta tierra pánica que transitaba. En ella buscaba un simple punto de partida. La vida ha querido que me vea obligado a descubrir los caminos por mí mismo. Veía que el discurrir de los que se me ofrecían me abocaba a la desesperanza. Retrocedí hacia las huellas primeras. Las rastree paso por paso. Inquieto al principio. El ruido de vuestra ciencia se había acallado. Ya solamente quedaba un senderillo entre la hierba. Los que habían pasado por allí llevaban muertos mucho tiempo. Me encontraba

en la doble soledad del tiempo y del espacio. A veces, las huellas se perdían bajo la hierba. La presencia glacial del dios se inclinaba por encima de mí igual que la sombra de una montaña. Los ecos reverberaban con un silencio más violento que todos los ruidos de la tierra. Pero, cada vez, un orden surgía de lo más secreto de mí mismo; de un nudo de arterias enterrado en lo más negro de mi cuerpo llovía una sangre precisa que de pronto me iluminaba la mirada, me despejaba los oídos, me afinaba la piel a tal punto que me sentía más desnudo que una llama. Ya no buscaba el camino, era yo la propia búsqueda, como el arado y el surco. Me adentraba cada vez más en la maleza, en ese espeluznante cúmulo de materia viva. Había que apartar las lianas, que pesaban como culebras y se deslizaban entre hojas que me retenían igual que unas manos verdes: me agarraban del pecho, de los brazos, de las piernas, y yo sentía palpitar en su fuerza el jadeo de una savia capaz de vivir mil años; el olor del humus giraba en lentos torbellinos a mi alrededor, tan ferozmente desenfrenados que me tiraban al suelo, me arrastraban como los remolinos de un río de montaña. La vida me sepultaba tan profundo en su centro sin muerte ni piedad que a veces, semejante al dios, me notaba la cabeza, el pelo y los ojos llenos de pájaros, los brazos cargados de ramas, el pecho tomado por cabras, caballos, toros; los pies arrastraban raíces, y el terror de los primeros hombres me encrespaba como un sol.

Una mañana comprendí que el aprendizaje pánico había concluido: ya no le tenía miedo a la vida. Pan me